CRITICA

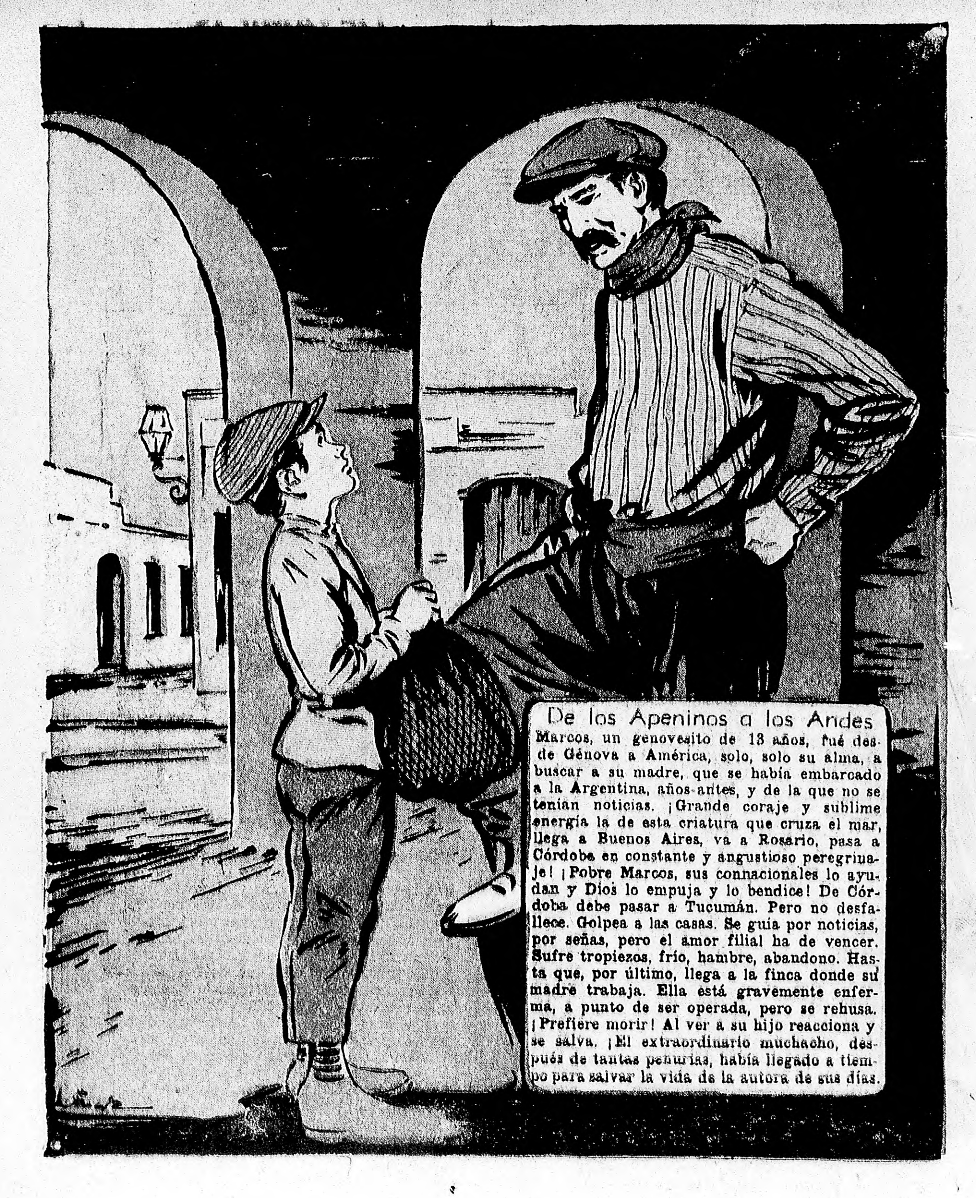
ADHESION A UN MENSAJE DE TERNURA UNIVERSAL

DE • AMICIS EMOCIONO EL CORAZON DE LOS NIÑOS DEL MUNDO

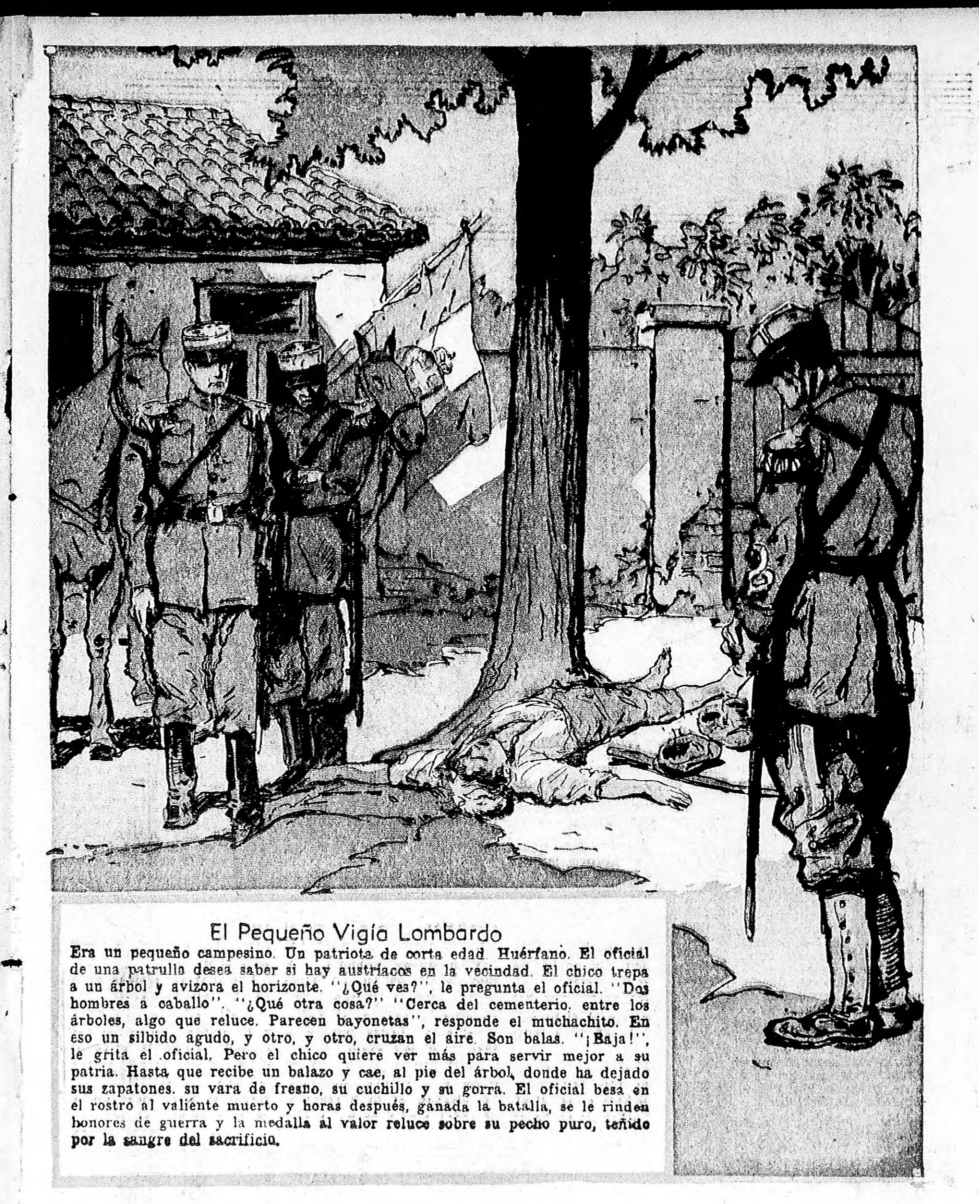
SUPLEMENTO MULTICOLOR — 21 DE OCTUBRE DE 1946



"Corazón" es el libro eterno de la vida escolar porque resume las emociones infantiles y llena de tristes y alegres rumores, a la vez, el alma del lector. Toda la pureza de la niñez, con sus seres predilectos, sus rincones queridos, sus escenas de plenitud humana, desfila por las páginas inmortales, cada una de las cuales es iluminada por una sonrisa o humedecida por una lágrima. Libro de bellísimas evocaciones y recuerdos, ha recorrido el mundo y seguirá, de mano en mano, inolvidable como una caricia materna, por la conmovedora sencillez de sus relatos. He aquí al maestro de tercer grado y sus alumnos...

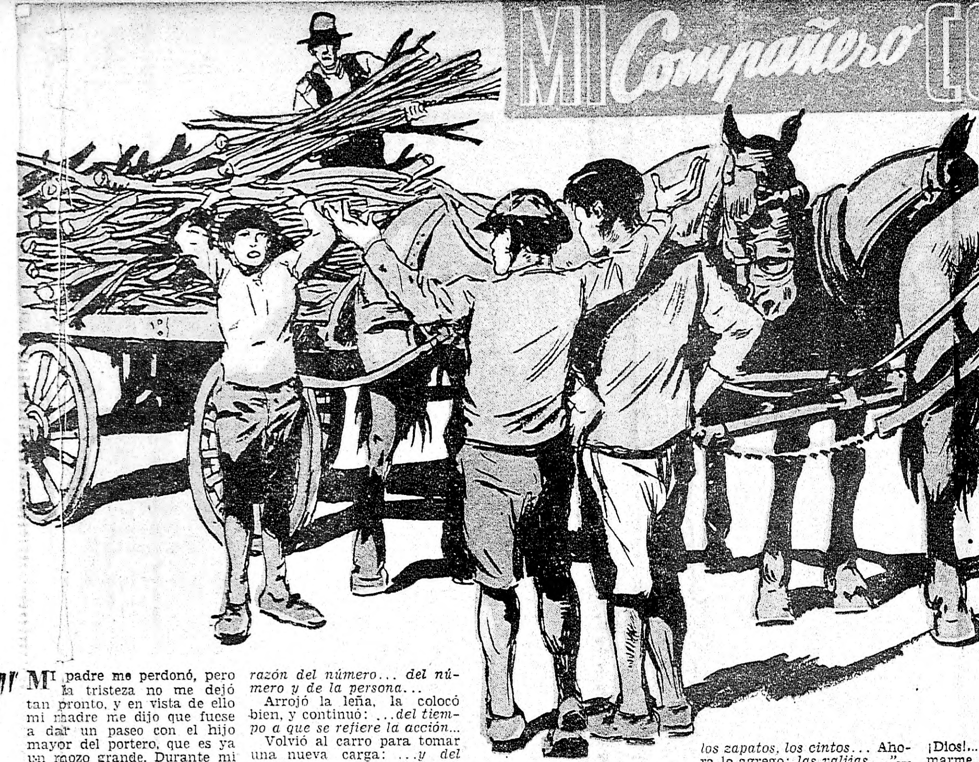


De los Apeninos a los Andes
Marcos, un genovesito de 13 años, fué desde Génova a América, solo, solo su alma, a buscar a su madre, que se había embarcado a la Argentina, años antes, y de la que no se tenían noticias. ¡Grande coraje y sublime energía la de esta criatura que cruza el mar, llega a Buenos Aires, va a Rosario, pasa a Córdoba en constante y angustioso peregrinaje! ¡Pobre Marcos, sus connacionales lo ayudan y Dios lo empuja y lo bendice! De Córdoba debe pasar a Tucumán. Pero no desfallece. Golpea a las casas. Se guía por noticias, por señas, pero el amor filial ha de vencer. Sufre tropiezos, frío, hambre, abandono. Hasta que, por último, llega a la finca donde su madre trabaja. Ella está gravemente enferma, a punto de ser operada, pero se rehusa. ¡Prefiere morir! Al ver a su hijo reacciona y se salva. ¡El extraordinario muchacho, después de tantas penurias, había llegado a tiempo para salvar la vida de la autora de sus días.



El Pequeño Vigía Lombardo

Era un pequeño campesino. Un patriota de corta edad. Huérfano. El oficial de una patrulla desea saber si hay austríacos en la vecindad. El chico trepa a un árbol y avizora el horizonte. "¿Qué ves?", le pregunta el oficial. "Dos hombres a caballo". "¿Qué otra cosa?" "Cerca del cementerio, entre los árboles, algo que reluce. Parecen bayonetas", responde el muchachito. En eso un silbido agudo, y otro, y otro, cruzan el aire. Son balas. "¡Baja!", le grita el oficial. Pero el chico quiere ver más para servir mejor a su patria. Hasta que recibe un balazo y cae, al pie del árbol, donde ha dejado sus zapatones, su vara de fresno, su cuchillo y su gorra. El oficial besa en el rostro al valiente muerto y horas después, ganada la batalla, se le rinden honores de guerra y la medalla al valor reluce sobre su pecho puro, teñido por la sangre del sacrificio.



MI padre me perdonó, pero la tristeza no me dejó tan pronto, y en vista de ello mi madre me dijo que fuese a dar un paseo con el hijo mayor del portero, que es ya un mozo grande. Durante mi paseo, al pasar cerca de un carro que estaba parado delante de un comercio, oí que me llamaban por mi nombre y volví la cabeza. Era Coreta, mi compañero de escuela, con su tricota color marrón y su boina peluda, muy sudado, pero con cara alegre, que llevaba una gran carga de leña sobre los hombros. Un hombre que se hallaba sobre el carro le iba colocando grandes brazados de leña, que él entraba en la tiendecilla de su padre, en donde, sin perder un segundo, la acomodaba en su lugar.

—¿Qué haces, Coreta? — le pregunté.

—¿No lo ves? —me respondió mientras tendía los brazos para recibir la carga. Estoy repasando la lección.

Me eché a reír; pero es el caso que hablaba en serio y una vez que tomó el brazado de leña, se dirigió adentro, diciendo en alta voz: *Se llama accidentes del verbo... a las variaciones que sufre... por razón del número... del número y de la persona...*

Arrojó la leña, la colocó bien, y continuó: *...del tiempo a que se refiere la acción...*

Volvió al carro para tomar una nueva carga: *...y del modo como se enuncia la acción...*

Era la lección de gramática que teníamos señalada para el día siguiente.

—¿Qué quieres? —me dijo—. Tengo que aprovechar el tiempo. Mi padre ha ido con el peón a hacer un trabajo. Mi madre está enferma; de modo que me toca a mí descargar la leña. Y, mientras tanto, repaso la lección de gramática. La de hoy es una lección difícil. No acaba de entrarme en la cabeza.

Volviéndose al hombre del carro, le dijo:

—Mi padre me ha dicho que estará aquí a las siete para pagarle.

El carro se fué.

—Ven un momento al negocio — me dijo. Entramos; era un local grande, lleno de canastos de leña, de pilas, de haces de astillas, y a un lado una báscula.

—Hoy es día de darle fuerte al trabajo; te lo aseguro —continuó diciendo—: y tengo que hacerme los deberes a salto de mata. Estaba escribiendo las proposiciones cuando entró gente a comprar. Me vuelvo a poner a escribir, y llega el carro. Esta mañana he hecho ya dos viajecitos al depósito de leña, en la plaza de Venecia. No siento las piernas y tengo las manos hinchadas. ¡Estaría fresco si hubiese tenido deber de dibujo!

Y mientras hablaba, con una escoba barría las hojas secas y las ramitas que durante la descarga habían caído sobre el piso de baldosas.

—¿Dónde haces tus deberes? — le pregunté.

—Naturalmente que no es aquí — me respondió —. Ven y verás. — Y me condujo a un cuartito, en la trastienda, que servía de cocina y comedor, y en un rincón del cual había una mesa con libros, cuadernos y el deber comenzado.

—Precisamente había dejado la segunda respuesta en el aire: *"Con el cuero se hacen los zapatos, los cintos...* Ahora le agrego: *las valijas..."*— Y tomando la pluma empezó a escribir con su hermosa caligrafía.

—¿No hay nadie? — se oyó gritar en aquel momento en el despacho.

Era una mujer que venía a comprar leña.

—¡Allá voy! — contestó Coreta, y, rápido como un relámpago, salió, entregó la mercadería, tomó el dinero, lo guardó y apuntó la venta en una libreta.

Luego volvió a la mesa para terminar su deber.

—Vamos a ver si es posible que hoy termine el párrafo: *"...las valijas, las carteras para llevar los libros, los correajes y las cartucheras para los soldados..."* ¡Adiós, se derramó el café! — gritó de pronto, y corrió al fogón para apartar la cafetera del fuego.

—Es el café para mi mamá —dijo—; fué necesario que aprendiese a hacerlo. Espera un poco y se lo llevaremos; así, al verte, se alegrará. Ya lleva siete días en cama... ¡Accidentes del verbo, son!...

¡Dios!...
marme
fetera. ¿
los corre
para los
algo má
rre... ¡B
mamá.
Abrió
mos en
en una
ocupaba
estaba
con un
cabeza,
—Aqu
—dijo C
za—; é
de la es
—¡Ah
jo la se
sitar a
Mient
gló bien
la espal
y sujet
fuego e
gato qu
sobre u
—¿Ne
—pregu
la taza-
dos cuc
dicina?

CORETA



¡Dios!... Siempre he de quemarme los dedos con esta cafetera. ¿Qué podría agregar a los correajes y las cartucheras para los soldados? Haría falta algo más, pero no se me ocurre... ¡Bueno! Ven a ver a mi mamá.

Abrió una puerta y entramos en otra pieza pequeñita; en una cama grande que casi ocupaba toda la habitación, estaba la madre de Coreta, con un pañuelo blanco en la cabeza, a modo de venda.

—Aquí tienes el café, mamá —dijo Coreta, dándole la taza—; éste es un compañero de la escuela.

—¡Ah, muy bien! —me dijo la señora—; ¿vienes a visitar a los enfermos?

Mientras tanto, Coreta arregló bien las almohadas bajo la espalda de su madre, estiró y sujetó la colcha, atizó el fuego e hizo retirarse a un gato que se había acomodado sobre un pequeño escritorio.

—¿Necesitas algo, mamá? —preguntó, mientras retiraba la taza—. ¿Has tomado ya las dos cucharaditas de la medicina? Luego, cuando no haya nadie, me llegaré de una carrera a la farmacia. La leña ya está descargada y apilada; a las cuatro pondré la carne para el puchero, como me dijiste, y cuando pase la mujer que vende la manteca, le daré los dos sueldos. No tengas cuidado, que todo se hará como es debido.

—¡Gracias, hijo mío! —exclamó la mujer—. ¡Qué hijo más bueno me ha dado Dios: en todo piensa! ¡Anda, hijo mío, anda!

Me instó a que tomase un terrón de azúcar, y después Coreta me mostró un cuadrito que ostentaba la fotografía de su padre, vestido de soldado y con la medalla al valor, que ganó en la campaña del 66, a las órdenes del príncipe Humberto. Era la misma cara del hijo, con aquellos ojos vivos y aquella sonrisa tan alegre.

Volvimos a la cocina.

—¡Ya lo encontré! —exclamó Coreta, y escribió en su cuaderno— *"y también se hacen las riendas de los caballos"*. Lo demás lo haré esta noche. Todo será cuestión de acostarme más tarde. ¡Feliz tú, que tienes tiempo de sobra para estudiar y aun te queda para ir a pasear!

Y siempre alegre y dispuesto, empezó a poner sobre una especie de caballete los troncos mayores de leña que cortaba por el medio con un serrucho.

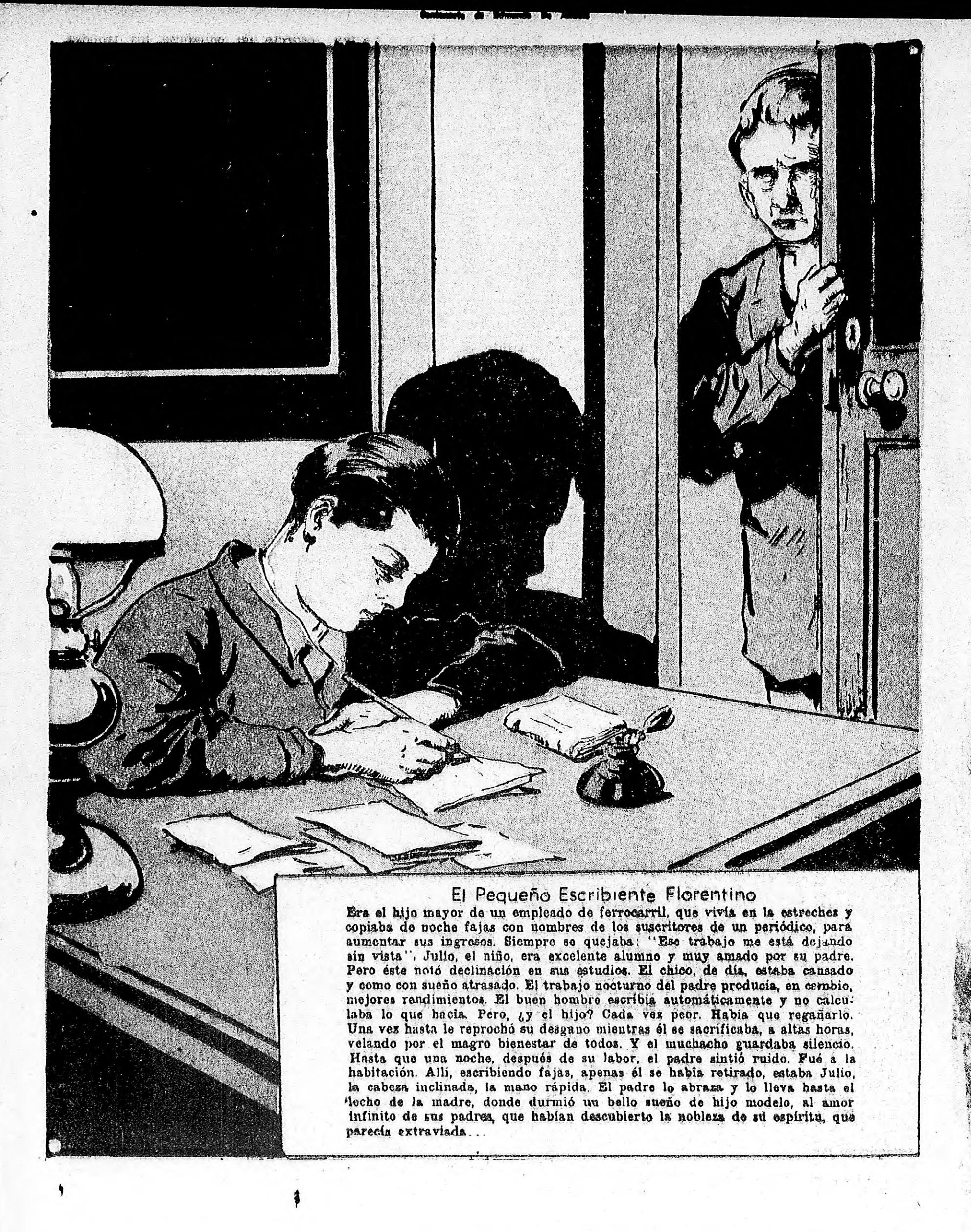
—¡Esto sí que es gimnasia! —me dijo—. Otra que *"¡el impulso de los brazos hacia adelante!"*. Quiero que mi padre encuentre cortada toda esta leña cuando vuelva a casa; va a tener una agradable sorpresa. Lo malo es que después de una sesión de serrucho, hago unas *tes* y unas *eles* que, como dice el maestro, parecen serpientes. ¡Qué le hemos de hacer! Le diré que he tenido que mover mucho los brazos. ¡Bah! Lo que importa es que mi mamá se cure pronto. ¡Eso sí! Hoy está mejor, gracias a Dios. Mañana, cuando cante el gallo, estudiaré la gramática. ¡Ahí ya está el carro de los rollizos! ¡A trabajar!

Una carreta cargada de pequeños troncos se detuvo ante la tienda. Coreta se acercó para hablar con el que la conducía; al volver me dijo:

—Ahora ya no puedo acompañarte más: con que hasta mañana. Te agradezco que hayas venido a verme. ¡Que te vaya bien en el paseo! ¡Feliz tú!

Me estrechó la mano y corrió a cargarse el primer tronco; luego continuó del carro a la tienda y de la tienda al carro, con la cara fresca como una rosa, bajo su boina peluda, y con un aire que daba gusto verlo.

—"Feliz tú", me ha dicho. ¡Ah! ¡No, Coreta, no! ¡El más feliz eres tú! ¡Tú, porque estudias y trabajas más; porque eres verdaderamente útil a tu padre y a tu madre; porque eres más bueno, cien veces más bueno que yo, mi querido amigo!



El Pequeño Escribiente Florentino

Era el hijo mayor de un empleado de ferrocarril, que vivía en la estreches y copiaba de noche fajas con nombres de los suscritores de un periódico, para aumentar sus ingresos. Siempre se quejaba: "Ese trabajo me está dejando sin vista". Julio, el niño, era excelente alumno y muy amado por su padre. Pero éste notó declinación en sus estudios. El chico, de día, estaba cansado y como con sueño atrasado. El trabajo nocturno del padre producía, en cambio, mejores rendimientos. El buen hombre escribía automáticamente y no calculaba lo que hacia. Pero, ¿y el hijo? Cada vez peor. Había que regañarlo. Una vez hasta le reprochó su desgano mientras él se sacrificaba, a altas horas, velando por el magro bienestar de todos. Y el muchacho guardaba silencio. Hasta que una noche, después de su labor, el padre sintió ruido. Fué a la habitación. Allí, escribiendo fajas, apenas él se había retirado, estaba Julio, la cabeza inclinada, la mano rápida. El padre lo abraza y lo lleva hasta el lecho de la madre, donde durmió un bello sueño de hijo modelo, al amor infinito de sus padres, que habían descubierto la nobleza de su espíritu, que parecía extraviada...


LA SORDOMUDA
La Sordomuda
"¡Ah, mi pobre Luisita! ¡Nacer con esa desgracia! ¡Decir que nunca me he oído llamar "padre" por ella! ¡Que ella nunca me ha oído decirle "hija mía" ¡Que nunca ha dicho ni oído una sola palabra en su vida!" Así se expresa el póbre jardinero, que ha llegado de afuera y va al Instituto a visitar a su hija sordomuda, dejada tres años atrás. Llega al establecimiento. La maestra trae a la niña. El padre la mira de los pies a la cabeza, con los ojos brillantes. ¡Cómo está de crecida su pobrecita sordomuda! "Dígale, le dice a la maestra, que me haga algunas de sus señas, que algo entenderé". La maestra sonríe y dice en voz baja a la niña: "¿Quién es este hombre que ha venido a visitarte?" Y la niña, con voz clara, expresa: "Es mi padre". El milagro de la ciencia se cumplió para regocijo de un padre.


Sangre Romañola
Federico está en la casa rústica, con su abuela. Llueve. Sopla el viento. El agua azota los vidrios. Una lámpara de aceite alumbra la habitación. La abuela regaña al nieto, que es díscolo, inquieto. Federico no tiene mal corazón y calla... De pronto se oye ruido en el cuarto inmediato. Ambos aguzan el oído. ¿Será el viento? No. Son dos ladrones. Entran en la pieza. Buscan el dinero del padre, que ha ido a Farli, una aldea cercana. Y como la abuela reconoce a uno de ellos y grita, es atacada con un cuchillo, pero Federico se interpone y recibe la mala puñalada. ¡Heroica sangre romañola que llega hasta los ángeles mientras su dueño muere consolando a la desesperada viejecilla...!